

Ana Muela Pareja

E L F A L S O
C U E R N O
D E L
RINOCERONTE

XLI PREMIOS LITERARIOS KUTXA
CIUDAD DE IRÚN

algaida



Un jurado compuesto por Álvaro Bermejo, José Manuel Costas, María Luisa Echenique, Mitxel Ezquiaga y Raúl Guerra Garrido concedió a la novela *El falso cuerno del rinoceronte*, de Ana Muela Pareja, el XLI Premio Literario Kutxa Ciudad de Irún, en su modalidad de novela en castellano.



Primera edición: 2016

© Ana Muela Pareja, 2016

© Algaida Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-549-6

Depósito legal: SE. 414-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Uno	11
Dos	29
Tres	45
Cuatro	61
Cinco	77
Seis	91
Siete	105
Ocho	121
Nueve	137
Diez	153
Once	169
Doce	185
Trece	199
Catorce	215
Quince	229

*Para mi madre,
a ella le gustaban los libros,
a mí me gustaba ella.*

In memoriam

UNO

EL TELÉFONO SONÓ CUANDO A ELLA YA LE HABÍA cambiado el ritmo de la respiración. El inspector Gajanejos cerró los ojos con la esperanza de que si permanecía muy quieto, el aparato enmudecería y su mano derecha podría terminar lo que había empezado unos minutos antes, pero la luz azulada del amanecer que inundaba su dormitorio ya se había roto por el resplandor metálico de la pantalla del móvil. Su mano se resistía a abandonar el calor de los muslos de Paloma, entre los cuales llevaba un rato esforzándose hasta que por fin ella había comenzado a responder a sus empeños. Maldijo su suerte, maldijo su trabajo y se maldijo a sí mismo por no haber apagado el teléfono aquella noche. Alargó el brazo izquierdo, no sabía muy bien si para descolgar o para arrojar el aparato contra la pared. Cuando se escuchó el segundo timbrado, el cuerpo de ella se tensó como una cuerda, y él comprendió que aquello era el fin de lo que ni siquiera había empezado. Esperó hasta oír el tercer toque. No había remedio; el asunto debía de

tener la suficiente importancia como para que lo molestaran un domingo a las siete menos veinte de la mañana. Estaba furioso con los delincuentes, los asesinos y los homicidas en general y con el Cuerpo Nacional de Policía en particular, que esa mañana le habían expulsado del paraíso.

—¡¿Qué cojones?! —rugió. Se arrepintió en seguida; al otro lado de la línea una azorada subinspectora García se deshacía en disculpas por lo intempestivo de la hora, a la vez que alegaba el ineludible escalafón en casos de especial trascendencia o de relevante notoriedad. La subinspectora era una excelente policía que no lo hubiera molestado sin una razón importante.

—¿Quién es el muerto? —preguntó con el mejor tono que fue capaz. Si esperaba oír que un miembro de la Casa Real se equivocó por completo.

—No lo sabemos con seguridad, pero parece que era una mujer de la limpieza.

Gajanejos se rascó la oreja con el dedo meñique.

—¿El asesino es alguien importante? —Mantén la esperanza de haber sido despertado por algún motivo extraordinario.

—No lo sabemos, inspector. Solo hemos encontrado el cadáver.

Su dedo meñique seguía agitando su oreja como si fuera una coctelera. Casi todas las noches encontraban algún cadáver en Madrid, y no por ello despertaban a un inspector jefe de la Brigada Central de Investigación de Delitos contra las Personas.

—García, ¿por qué me ha llamado?

—Por el lugar. El cadáver ha aparecido en el altar mayor de la iglesia de San Antonio de Cuatro Caminos con evidentes signos de violencia.

Colgó el teléfono con un sabor agrio en la boca. El caso iba a ser complicado y eso le gustaba. «Con la iglesia hemos dado, Sancho», murmuró mientras se levantaba.

Trató de recordar otros asesinatos cometidos dentro de una iglesia. Dos años antes un loco había matado a dos mujeres durante una misa en la zona oeste de Madrid. Una de ellas estaba embarazada de nueve meses y los servicios sanitarios le practicaron allí mismo una cesárea *post mortem* para salvar al bebé. Aquel caso no le correspondió a él, pero recordaba con desazón el revuelo mediático que se había originado. Esperaba que esta vez la prensa no armara tanto alboroto; le disgustaban los periodistas, aunque siempre era García quien lidiaba con ellos.

—Se supone que hoy era tu día libre. —Paloma había entrado en el cuarto de baño sin llamar. Le había dicho mil veces que no le gustaba compartirlo con ella—. El fin de semana próximo tendré a los niños y no podremos dormir juntos —continuó mientras él se afeitaba. Gajanejos lo sabía muy bien, y no podía decirse que le disgustara el ritmo que las condiciones del acuerdo de separación de Paloma le imponían; una vez cada quince días era suficiente para él. Ya había pasado por su propio divorcio y no se consideraba preparado para mantener una convivencia más continuada con ninguna mujer.

—Dios proveerá —dijo él. Estaba ambientándose para su llegada al escenario del crimen.

Se cortó dos veces al afeitarse.

Llegó a la iglesia de San Antonio con dos trocitos de papel higiénico pegados en la cara. Apenas habían transcurrido veinte minutos desde que García le llamara, pero parecía que la comisaría de Chamberí al completo se había dado más prisa que él. La ambulancia del SÁMUR se había marchado ante la inutilidad de su presencia. No le preocupaba ser el último en aparecer; sabía que nadie tocaría nada hasta que él llegase, lo que le hacía sentirse como el macho alfa de aquella peculiar manada. Eso le gustaba. Le gustaba mucho. Sus hombros se expandieron cuando los agentes Cano y Robledo le saludaron en la puerta de la iglesia. No se veía a la prensa por ninguna parte, aunque Gajanejos sabía que pronto aquello se llenaría de periodistas en busca de detalles morbosos; no había conseguido averiguar quién los avisaba, pero era evidente que era alguien de su comisaría y de su entorno más inmediato.

Cuando entró en la iglesia, sus ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad. Afuera ya había amanecido por completo la que parecía iba a ser una espléndida mañana de mayo. Los primeros rayos entraban con timidez por las cristaleras y claraboyas situadas en las partes más elevadas del templo. La penumbra contrastaba con la luz brillante de los focos que sus compañeros habían instalado en la parte posterior del altar, y con un amplio vano que se abría

en la parte alta de la pared del fondo de la iglesia, en cuyo interior una gran imagen de san Antonio flanqueada por dos ángeles era visible desde todos los bancos. Avanzó por el pasillo central con paso decidido. No había entrado en una iglesia desde el bautizo de su hija Lorena, hacía más de diecisiete años. Le sorprendió el tamaño de esta; desde la calle no parecía que el edificio fuera tan amplio y sin embargo por dentro resultaba muy espacioso, con tres naves y altísimos techos. Las paredes, pintadas de un rosa claro con toda seguridad no hacía demasiado tiempo, estaban enmarcadas por columnas y arcos de color gris. Había pocas imágenes, tan solo algunas en las capillas laterales. Le llamó la atención su limpieza; recordaba que en la iglesia del Perpetuo Socorro, donde le llevaba su madre cuando era niño, todos los santos lucían una gruesa capa de polvo blanco encima de la cabeza. Se fijó en un san Francisco, al que reconoció enseguida por el sayal y el cordón. No pudo dejar de pensar que en esa iglesia no olía a iglesia.

—Los de la Científica aún no han empezado; están todavía dando vueltas en torno al cadáver. —La subinspectora García había aparecido como por ensalmo de entre los bancos de la derecha.

—¿Y el agente Repérez? —preguntó Gajanejos incómodo—. ¿Cómo es que ya está aquí?

Gonzalo Pérez Ruipérez se había incorporado hacía pocos días a su equipo. Había sido una imposición del comisario principal de Madrid.

—¿Pero no sabes quién es su tío? —le había preguntado su superior cuando le dijo que lo adjudicaba a su unidad.

—Me toca las narices quien sea su tío —había respondido Gajanejos, quien, por supuesto, hasta ese momento no había reparado en quién era el famoso tío—. Yo no necesito a un novato en mi unidad.

—Tómatalo como si te asignara un becario. Con esto, el ministro en persona nos deberá un favor.

Desde entonces se había esforzado en hacer la vida del novato, al que había apodado Repérez, lo más rigurosa posible. Por él, como si era el sobrino del lucero del alba.

—El agente Pérez Ruipérez está de servicio —le respondió García—. Le recuerdo que le puso turno doble este fin de semana. —Gajanejos sonrió complacido.

Cuando llegó al altar mayor, se detuvo y paseó su mirada por el escenario del crimen. El cadáver se hallaba detrás del altar, en el lugar donde el sacerdote se coloca para decir la misa. Le gustaba tomarse con calma estos instantes previos de la investigación; por experiencia sabía que los detalles más importantes del caso estarían delante de él, aunque no los pudiera reconocer todavía. La muerta, porque era evidente que se trataba de una mujer, estaba bocabajo en una postura imposible para una persona viva. Había también restos de plantas, tierra esparcida y trozos de cerámica rotos.

—Las macetas debieron caer junto con el cuerpo. —Oyó la voz del agente Pérez.

A Gajanejos no le gustaba sacar deducciones en la primera inspección, aunque fueran obvias. Pero sobre todo no le gustaba que le interrumpieran sus meditaciones, y mucho menos un novato. Lanzó otra mirada en derredor. El altar estaba salpicado de tierra, así como un atril

con un libro que había junto a él. Las dos sillas de los sacerdotes estaban en su sitio. No había señales de lucha por ninguna parte. Se acercó a la muerta y se inclinó para tocar su muñeca. Estaba fría. Una gran herida en la parte derecha de su cabeza permitía ver parte del cerebro de la mujer. El resto estaba sobre el suelo. No había demasiada sangre.

—Federico, ¿te has fijado en las marcas negras que tiene alrededor del cuello? —preguntó una voz femenina.

Solo había una mujer en todo el Cuerpo Nacional de Policía que le llamara por su nombre de pila: su compañera de promoción y ahora jefa de la Policía Científica, Mari Carmen Pelegrín. Gajanejos se alegró de verla. En alguna ocasión habían sido algo más que compañeros, sin que eso afectara al respeto mutuo que ambos se tenían y, aunque hacía más de veinte años de aquello, seguía sintiendo una fuerte atracción por ella.

—Habrá que esperar el dictamen del forense, pero no parece una caída fortuita —respondió él mirándole las piernas—. Me parece que es un caso de Homicidios. —A veces cuando se ponía nervioso decía unas obviedades muy tontas.

—*Elemental*, querido Watson —dijo ella con sorna—. ¿Por qué siempre nos veremos con un cadáver de por medio?

Mari Carmen Pelegrín volvió junto a sus hombres, los cuales se habían puesto los monos blancos para no contaminar el escenario. A Gajanejos le recordaban a los extras de las películas de ciencia ficción, pero nunca se lo había comentado a su amiga por temor a ofender su sus-

ceptibilidad, que, él sabía, era bastante acusada. Cuando el fotógrafo de la Científica comenzó su trabajo, no pudo dejar de pensar que con toda seguridad a la mujer muerta no le habían hecho tantas fotografías durante toda su vida.

—No te olvides del camarín —gritó Pelegrín—. Mis chicos lo sellaron al llegar. Hemos sido los más madrugadores.

Si había algún reproche en sus palabras, se había esforzado en que no se notara, aunque él conocía muy bien la rivalidad latente que había entre los hombres de la Científica y los suyos.

Gajanejos asintió con la cabeza, preguntándose qué cojones sería el camarín.

De todos los forenses de Madrid, tenía que tocarle la doctora María Lázaro, pensó resignado. La vio llegar con su inconfundible maletín negro, pero sobre todo la oyó llegar con su también inconfundible taconeo. La doctora Lázaro era una mujer menuda, delgada y con una cara de niña buena de la que sobresalían dos acuosos ojos verdes. Si no abría la boca podría parecer incluso una mujer dulce. Pero tras esa fachada angelical, Gajanejos lo sabía bien, se escondía una auténtica víbora de afilada lengua. Pese a todo, era una profesional bien valorada por sus compañeros, de modo que, muy a su pesar, se alegró de que le correspondiera el caso.

—¿No habrá tocado usted el cadáver? Y si lo ha hecho, ¿se habrá puesto guantes? —le preguntó a bocajarro la doctora Lázaro.

—Me alegra verla en plena forma —contestó él. Ahora, pensó, les tocará el turno a los chicos de la Científica.

—¿Y los de los monos? —siguió la forense. Gajanejos sonrió al ver que no se había equivocado. Aprovechó que la doctora se enzarzaba en una discusión con Mari Carmen Pelegrín para alejarse sin ser visto.

El camarín de san Antonio resultó ser la habitación semicircular donde se hallaba el grupo escultórico de san Antonio de Padua que había visto a través del vano que se abría en la pared posterior del altar mayor. La puerta de acceso a las escaleras que subían hasta allí estaba situada en una de las naves laterales y, según le había comentado la subinspectora García, estaba cerrada con llave cuando llegó la Policía. Gajanejos subió muy despacio, no tanto para recabar detalles como para no llegar arriba jadeando. Contó cuarenta y cuatro escalones. Dos hombres de la Científica ataviados con monos blancos que aguardaban instrucciones de su jefa le tendieron unos guantes de látex azules. Se los enfundó aun sabiendo que al ser un lugar abierto al público encontrarían miles de huellas. A simple vista no parecía haber nada extraordinario: en el centro de la habitación se erigía un elevado altar sobre el que se apoyaban las esculturas, en el centro san Antonio y a ambos lados del mismo dos ángeles en distintas posiciones. Flanqueando las esculturas había dos enormes jarrones plateados, uno de ellos parecía unos centímetros movido hacia delante. En el centro del altar, una ranura indicaba el lu-

gar donde los fieles podían depositar los donativos a san Antonio. Gajanejos pensó que los curas eran muy prácticos instalando un altar-hucha en aquel lugar. En la parte curva de la habitación contó siete macetas de pilistras, en perfecto orden. Calculó que estarían separadas entre sí un metro y medio. Recordó que su madre decía que en todos los conventos de España había como mínimo un par de pilistras. Se propuso comentárselo la próxima vez que fuera a visitarla. Desde que la demencia senil le arrebató todos los recuerdos de su cabeza, incluidos los de las funciones básicas de la vida diaria, estaba ingresada en una residencia de ancianos. Procuraba visitarla todos los domingos por la tarde, aunque ella no lo reconociera ni diera muestras de advertir su presencia. Tendría que telefonar más tarde a la monja encargada de las visitas para avisarla de que ese domingo no podría ir.

—De momento no hemos encontrado nada relevante —le informó un agente de la Científica— pero todavía no hemos examinado los geranios.

El agente se refería a las tres filas de tiestos que separaban el camarín del vano sobre el altar mayor. Solo había un pequeño escalón y esas tres filas de macetas entre el suelo y el vacío. Allí reinaba un evidente desorden, con macetas volcadas y tierra esparcida por todas partes. Las que faltaban estaban abajo, junto al cadáver de la mujer. Incluso el inspector Gajanejos tuvo que admitir que era imposible no sacar deducciones rápidas de la secuencia del crimen. Desde allí arriba podía observar el cadáver y la práctica totalidad de la iglesia. De la misma manera, pensó, se le vería a él desde cualquier lugar.

—El cadáver lo encontró el monaguillo —informó García.

—¿Le ha tomado declaración?

—Sí. Afirma que lo encontró al abrir la iglesia esta mañana, a las seis y veinte. La primera misa es a las siete, de modo que empieza a prepararlo todo unos minutos antes. Las puertas estaban cerradas y jura que no ha tocado nada.

—¿Y dónde está ahora el niño?

—El monaguillo es aquel hombre subsahariano que está junto a los sacerdotes —contestó García.

—Ya no se respetan las tradiciones —murmuró un asombrado inspector Gajanejos. No podía imaginarse a aquel negro enorme con el traje de monaguillo que le ponían a él los Hermanos Maristas cuando era un niño y ayudaba en misa.

—En realidad no es un monaguillo —aclaró un sacerdote—. Teodosio nos ayuda con el servicio del altar y con otras pequeñas tareas que le encomendamos.

Delegó en la subinspectora García la misión de tomar declaración a los tres sacerdotes y al aspirante a acólito. El más anciano de los curas debía de rondar los noventa años, y parecía al borde de una apoplejía en su silla de ruedas. Junto a él, un segundo cura de unos sesenta años luchaba sin éxito por contener las lágrimas dentro de los ojos. El tercer cura, un hombre joven y fuerte, daba palmaditas en la espalda a Teodosio, quien parecía haber olvidado el poco español que había aprendido en el tiempo que llevaba en Madrid. García, haciendo gala de una infinita paciencia, empezó a tomar declaración a cada uno de ellos por separado.

—¡Repérez! —gritó Gajanejos—, quiero un plano de la iglesia y del camarín, indicando todos los accesos y su estado en el momento del descubrimiento del cadáver.

—¿Las ventanas también? —preguntó el agente Pérez.

—Ventanas, puertas, gateras, cancelas, vanos, pasadizos, claraboyas, agujeros en la pared y cualquier sitio por el que pudiera entrar o salir una persona. Y lo quiero esta tarde a primera hora encima de mi mesa.

Le encantaba dar órdenes, aunque el novato le exasperaba y no podía disfrutar todo lo que le hubiera gustado. Calculó que al finalizar la tarde, el agente Pérez llevaría cuarenta y ocho horas de servicio.

—¿Sonríe usted, inspector? —Una voz conocida le sacó de su ensimismamiento.

—Le hemos hecho madrugar, juez Saavedra.

Gajanejos se sorprendió al verle. No esperaba que un juez a punto de la jubilación tuviera que hacer guardia los días festivos.

—Más le vale resolver pronto el caso; ya sabe la influencia que puede llegar a tener el arzobispado —dijo el juez—, y lo pesados que pueden llegar a ponerse estos curas. Me van a amargar mis últimas semanas en activo.

—¿Cuándo se jubila? —preguntó. Quería saber el tiempo del que disponía antes de que le pusieran a otro juez con toda seguridad peor que Saavedra.

—Dentro de tres semanas, inspector. Tres semanas y se acabaron los cadáveres en los altares. También es mala suerte la mía —se lamentó.

—Lo atraparemos antes.

—Eso espero, inspector, eso espero. Manténgame informado de sus investigaciones. No quiero terminar mi carrera con un caso abierto.

Gajanejos asintió. Le caía bien el juez Saavedra y deseó de veras terminar el caso a tiempo. Tal como estaba el mundo, iba a ser difícil encontrar otro juez tan honrado como él.

Llegó a la comisaría pasadas las cinco de la tarde. Había ido a comer a su casa con la esperanza de que Paloma todavía estuviera allí. Se equivocó por completo. Ante el inapelable silencio de su casa, decidió tenderse un rato en la cama. Durmió dos horas de un tirón. Cuando llegó a la comisaría estaba despejado y recién afeitado, todo un contraste con el agente Pérez Ruipérez, el cual lucía unas ojeras tan oscuras que parecía que le hubieran propinado dos puñetazos. Gajanejos hubo de reconocer que por un instante sintió lástima por él.

—¿Qué tenemos? —preguntó cuando hubo reunido a sus hombres en su despacho.

—Los tres sacerdotes dicen que no oyeron ningún ruido durante la noche —informó García—. Los tres afirman que se fueron a sus celdas a las diez y que la iglesia había quedado cerrada por Teodosio.

—¿Por dónde se cierra la iglesia? —preguntó.

—Los tres portones que dan a la calle Bravo Murillo se cierran por dentro. Luego Teodosio echa la llave de la puerta de acceso al camarín y sale de la iglesia por la sa-

cris­tía, que también está comunicada con la residencia de los sacerdotes. Desde allí se accede al exterior por una puerta pequeña que da a un callejón lateral. Afirma que ayer siguió la rutina diaria y está seguro de haber dejado todo bien cerrado.

—¡Muchas puertas son esas! —exclamó Gajanejos—. ¿Tiene coartada para esta noche?

—Dice que se fue a casa a dormir, pero no recuerda el nombre de sus compañeros de habitación. Por lo que cuenta debe de ser un piso patera.

—¿Y los curas?

—Duermen en celdas separadas. Los tres afirman que estaban con Dios.

—Poco cura para una iglesia tan grande —reflexionó Gajanejos.

—Sí, eso también les dije yo —siguió García—. Al parecer en algún momento llegó a haber hasta trece sacerdotes, pero eso fue antes de que las vocaciones cayeran en picado. Llevan solos más de cuatro años, y ven el futuro bastante desolador, siendo el padre Vitaliano tan mayor.

—¡Repérez, el plano! —ordenó.

El agente Pérez desplegó un plano tamaño DIN A1 donde había señalado en distintos colores todas las puertas y ventanas de la nave principal del templo, de la sacristía, del camarín y de la escalera de acceso al mismo. Todas, afirmó, estaban cerradas por dentro, con excepción de una de las ventanas de la escalera, que daba a un patio interior a una altura de unos dos metros del suelo. Los compañeros de la Científica habían sacado las huellas del pica-
porte, pero todavía no tenían los resultados.

—¿Y la identidad de la muerta?

—Se trata de Emilia Rodríguez Márquez —respondió García—, de cuarenta y tres años de edad. Limpiadora de profesión. Vecina de Madrid. Por lo visto era muy devota de san Antonio y, como vivía cerca de la iglesia, era voluntaria del templo.

—¿Qué quiere decir voluntaria?

—Pues que limpiaba la iglesia gratis tres días por semana. Así cualquiera tiene la casa limpia. —García parecía muy enojada. Gajanejos pensó que el cansancio empezaba a pasarle factura también a ella—. No tenía ningún teléfono, ni móvil ni fijo.

—¿Y la prensa?

—Poca cosa. Solo un par de periodistas de una agencia. Al parecer están más interesados en el partido de esta tarde.

Ni a él ni a García les interesaba el fútbol, pero por la cara que ponía el agente Pérez, Gajanejos comprendió que estaba sufriendo por perderse el partido.

—Pueden irse a casa. Mañana les quiero a las ocho en mi despacho.

Pensó que hasta que no estuvieran los resultados de la autopsia y los de las pruebas de la Científica no podían avanzar mucho más. Quería que sus hombres estuvieran despejados y en plena forma al día siguiente. Telefonó al comisario principal para informarle del estado de la investigación, y se arrepintió enseguida; su superior le citó en su despacho al día siguiente a las diez de la mañana. Irían los dos juntos al arzobispado para informar en persona al eminentísimo y reverendísimo cardenal arzobispo de Madrid.